

Rory Calhoum perpetración, el
y Mary Costa robo al Banco
de San Felipe
de un millón de dólares.

femenino especializado en cur-
sos de la Sección Femenina.
Calle de Zurbano, 71, teléfo-
no 53 25 14.

Teatro "EL SILLÓN VACIO", ESTRENADO

POR EL TEATRO NACIONAL DE CÁMARA

«El sillón vacío», cuatro actos de Peter Ustinov, verados al español por David Ley y José García Nieto. Fueron intérpretes Gabi Alvarez, Conchita Saravía, María Luisa Moneró, Marisa Porcel, Ana Farra, Miguel Angel, Luis García Ortega, Jaime Redondo, Ricardo Hurtado, Manuel Andrés, Adolfo del Río, José María Escuer, José Luis Lespe y Pablo Sanz. Dirección de Modesto Higuera.

Al caer el telón tras las últimas palabras de «El sillón vacío» dos o más espectadores, de palco a palco, tuvieron unas breves aunque violentas palabras, en que, como en la letra de «La rarra-la», unos decían que sí y otros decían que no. Para mi gusto, todos tenían razón. Pero yo, que me siento en desacuerdo con los dos bandos, temo no tenerla. A mí me gustó «El sillón vacío».

Vamos a entendernos, ¿eh? Me gustó «la letra». No es una comedia a la moda. Está escrita con una mezcla de ingenio francés y humor inglés, que los más reputados moralizadores del teatro consideran inadmisibles moralmente. Está construida con verdadero derroche del tiempo teatral, de modo que resulte antiteatral y discursiva. Los tipos están concebidos desde la inteligencia y no con el corazón, de modo que piensan y expresan su pensamiento en vez de apasionarse y luchar apasionadamente. Sin embargo, me gusta y me ha divertido. Es una visión de la Revolución francesa, o quizá un intento de interpretación de la condición humana a través de un supuesto episodio revolucionario. Juega con la verdad histórica alrededor de un sillón vacío y pretende superar la significación inmediata y alcanzar la significación simbólica. El autor habla por boca de los personajes, y algunos personajes hablan tan bien como el autor, es decir, con entera propiedad gramatical y con cierta profundidad de conceptos, aunque las palabras resulten inapropiadas para su condición social. Sin embargo—rapito—, me gustó y me divertí. ¿Por qué? Ante todo, porque no hay una, sino varias fórmulas teatrales, y esta comedia corresponde a una de ellas, y tiene, en su clase, calidad. Si admitimos que un tipo teatral puede crearse con modos de pensar, en «El sillón vacío» hay tipos espléndidos, y uno de ellos, el de «Mouche» (que no sé por qué pronunciaban «mouss»), excelente. Los tipos nos compensan de la situación repetida, y sus sorpresas verbales equilibran la falta de sorpresas en la acción. En fin, es una comedia para ver sin prisa y para escucharla cuando el diálogo—lo mejor de la obra—es dicho con los debidos matices. Esto faltó a la representación, por falta de ensayos o por inadecuación de algunos intérpretes, o por ambas cosas y algunas más a la vez. Sospecho que Modesto Higuera tropezó con la falta de medios, evidente en la vulgaridad de los trajes de guardarropía y en la pobreza de algunos efectos. Así, sin la indispensable materia prima, no se puede hacer teatro de cámara con la dignidad que el intento requiere.

Hubo agasiosos al final de todos los actos, y los intérpretes, con el director de escena, saludaron al final de la obra. Estaban también los traductores, cuyo trabajo debe elogiarse sin reservas.